

Lo exótico y la propia estimación

Por Alfonso Junco.

La irradiación del poderoso sobre el débil es un fenómeno natural. Pero por lo mismo, el débil necesita esforzarse en su salvaguardia para no recibir la irradiación que lo desfigura y subordina, sino solamente la que lo mejora y levanta. Necesita discernir las excelencias que con su debilidad material convienen; y tales excelencias, no ya defenderlas y corroborarlas, sin gloriarse en ellas y difundirlas, consumando así una irradiación estimulante por difícil: la irradiación del débil sobre el poderoso.

Sin la menor jactancia, por el simple conocimiento frío de la verdad histórica y actual, podemos nosotros, mejicanos, y en general todos los cachorros del León en América, percibir y proclamar que en tres cosas capitales: sustancia religiosa, cohesión familiar, sensibilidad artística, estamos muy por encima de nuestros gigantescos vecinos que constituyen hoy la primera potencia del mundo. Si ellos pueden darnos ejemplo y lección en muchas cosas, nosotros, a nuestra vez, podemos darles lección y ejemplo en otras, y de muy alta jerarquía.

La propia estimación —que de ningún modo implica desestimación de la ajena excelencia,— ha de iluminarnos y fortalecernos para el repudio alerta y vigoroso de la extranjerización que nos invade.

* * *

En el habla. ¿Qué necesidad hay del **"party"** si tenemos a chorros, para escoger según el caso y el gusto, reunión, tertulia, excursión, fiesta, recepción? ¿A qué viene el **"carro"** traído del **"car"**, cuando con propiedad y brevedad podemos usar coche, o sincopar en auto el automóvil? ¿Por

qué agasajar con un **"cocktail"** y no, con más prestancia, con un **"vino de honor"**, como en España se acostumbra?

En los letreros. Ya en la ciudad de México pululan de tal suerte los rótulos en inglés, que parecemos sucursal del Norte. Y no debemos serlo. Ni la dignidad nuestra lo quiere, ni gusta a la curiosidad del visitante: que siempre el viajero busca en el exterior lo distinto, lo típico, lo característico. Para ver rótulos en inglés y comer **"hot dogs"** y contemplar **"cajones con agujeros"**, no necesitan los yanquis molestarse en salir de su tierra. Y pues nosotros tenemos tantas notas genuinas y diferenciales, torpeza es que las borremos para **"estandarizarnos"** con chafados moldes.

Singularmente intolerable, entre el pochismo de los letreros, aquel que multiplica el apóstrofe y la ese tras el nombre del dueño del establecimiento. Hasta para anunciar tacos y sopes, hay cada **"Nacho's"** y cada **"Pancho's"** que dan ganas de "darles consejos" con la pistola que trae al cinto el charro de la canción. Y aquí ni siquiera puede invocarse la ventaja de la concisión: porque es más conciso, y en castellano basta, poner sencillamente el nombre, como lo pone Armando.

* * *

Y lo más grave es que la extranjerización viene a menudo vinculada con so costumbres y prácticas que desvanecen progresivamente aquel finísimo recato que ha sido herencia, nota y prez de nuestra mujer.

Así, en pueblo tan superiormente musical como el nuestro, se ha introducido música de estridente vulgaridad, en habitual consorcio con bailes de vulgaridad más estridente todavía, donde toda elegancia moral padece exilio.

Así se ha introducido el **"ladies bar"**, la cantina para mujeres, que nunca antes conocimos, y que es de las pocas cosas en que nos place el rótulo extranjero, para marcar y recalcar su estirpe radicalmente exótica. Bastantes lacras propias tenemos en el ramo, para ponernos a importar las ajenas. Ya que no logramos extirpar el estigma de las bebidas embriagantes que es tara ancestral en nuestro pueblo humilde, podemos siquiera no facilitar su extensión a zonas exquisitas que habíanse mantenido entre nosotros secularmente incontaminadas.

Así se ha introducido, al influjo de Hollywood —y aquí toca a nuestro cine eliminar cualquier remedo inconsulto,— la indelicadeza en el trato de ambos sexos; el tipo lamentable de la mujer **"ofrecida"** que se desvaloriza al convertirse de buscada en buscadora; el chiflado safio que reemplaza la espiritualidad del piropo con la explosión de la animalidad; el beso carnal que quieren dar por signo rutinario y forzoso del noviazgo, como si éste fuera incompatible con la dignidad femenina: la apreciación del divorcio como cosa natural, cotidiana e irreprochable; la consecuente ruina del concepto elevado, limpio, serio y cristianísimo del matrimonio y del hogar.

* * *

Así andan ahora introduciéndose —para rematar la suerte— los concursos de mujeres en traje de baño . . . sin baño: exhibición semidesnuda "en seco." Desfile impudoroso para que las registren, analicen y acaso midan al burdo modo yanqui, cuyo sentido estético parece encontrar culminación en la cinta métrica.

Remedo infeliz. Tristísima incitación a la mujer mejicana, sobre todo a la de modesta condición económica, para que prescinda de su recato tradicional ante el señuelo del premio.

Como si no pudiera consumarse, con igual fruto y con mayor decoro, la propaganda comercial que anima tales certámenes, basándolos en la gracia y simpatía y belleza de muchachas correctamente vestidas.

¿Qué se pierde, con esto, en ventaja económica? Y en cambio se gana enormidades en decencia y en mejicanidad.

* * *

Por ambos estímulos: por el ético y el patriótico,, fundidos aquí en uno solo, nós incumbe rechazar el pochismo. En todos los terrenos y en todos los trances.

Recibir, así, con los brazos abiertos y asimilar a nuestro modo vital, las mil cosas buenas que del Norte nos traen progreso y mejoría; pero repudiar las cosas inferiores que nos descantan y empeoran.

Conocer el profundo tesoro espiritual que en cuatro siglos de cultura cristiana se ha connaturalizado en nuestra estirpe, y defenderlo y levantarlo como una bandera.

Sin obtusas jactancias, pero con firme lucidez, erguir, ante los avances de lo exótico, la propia estimación.

